

LA RECONSTRUCCION HISTORICA

Manuel GAMIO

DESDE QUE SURGIÓ el mundo orgánico en la tierra, animales y vegetales procuraron satisfacer las necesidades inherentes a su normal subsistencia, pero sólo cierta proporción de ellos lo consiguió, y eso parcialmente, pues no estaban capacitados para contrarrestar los adversos factores que obstaculizaban su crecimiento y eran causa de su destrucción. Esta automática y reguladora acción era indispensable para el equilibrio de la naturaleza, el cual se habría trastornado si todas las semillas de la flora alcanzaran normal germinación y desarrollo, sucediendo otro tanto con la fauna.

Cuando el hombre abandonó las etapas prehumanas que durante tan largo tiempo lo habían caracterizado, no sólo experimentaba necesidades orgánicas, sino también surgieron en él las que pueden denominarse aspiraciones conscientes formuladas por su primitiva y ya humana mentalidad; pero no logró contrarrestar dichos factores sino en mínima escala. Después se agruparon las parejas y las familias, iniciándose la sociedad y surgiendo los jefes de grupo, principio de los gobiernos del futuro; entonces el hombre contó con mejores medios para su desarrollo que los invariables que seguían teniendo la flora y la fauna, mas no pudo conseguir todo lo que necesitaba y quería.

Hoy, que han transcurrido centenares de miles de años desde esa remota época, y se disfruta de progresos maravillosos, la humanidad no sólo no satisface aún integralmente sus necesidades y aspiraciones, sino, como ha hecho siempre, combate, destruye y mata en frecuen-

tes guerras; en los llamados tiempos de paz, aquí y allá millones de criaturas se debaten en la miseria y en la incultura y mueren con frecuencia de inanición y dolor, contrastando esto con lo observado en reducidos sectores sociales que prosperan en demasía y gozan sin reparo de lo superfluo.

Ciencias, religiones, reformas socialistas y comunistas y otras agencias, han pugnado de continuo, aunque infructuosamente, por transformar de manera definitiva tan desalentadora situación, la cual persiste en muchos aspectos esencialmente igual a como fué en otros tiempos; los pueblos no saben por sí mismos cómo resolverla en sentido favorable, y las leyes y los gobiernos no atinan a encauzarlos para que escalen de una vez tan deseada meta. Claro es que en esta carrera hacia el bienestar y la felicidad no todos los pueblos marchan con el mismo ritmo, pues hay algunos, como son el de Suiza y los de los países escandinavos, con Suecia por delante, que caminan con pasos más rápidos y acertados en ese maratón universal; sin embargo, aun éstos ven frenada su trayectoria, porque hoy, más que nunca, influyen en ella los conflictos, los éxitos y los fracasos de los demás pueblos.

Parece probable que el fracaso descrito se deba en gran parte a que la ciencia no actúa respecto al factor humano como lo hace con el factor materia, lo cual es explicable, porque esta última posee características que o bien son constantes absolutas, como sucede con la velocidad de la luz, la masa del electrón, la teoría de Planck, etc., o bien varían, pero no tanto, ni con tanta frecuencia, como las correspondientes al individuo y a la colectividad, que cambian de continuo en el tiempo y en el espacio. En consecuencia, las leyes, conclusiones y aplicaciones constructivas referentes a la ma-

tería, son correctas y eficaces y permanecen estables mientras surgen otras más perfeccionadas que las substituyan, según se observa en los progresos y descubrimientos mecánicos, físicos, etc., todos los cuales siguen un curso siempre ascendente y tienen unánime interpretación científica. En cuanto a los problemas sociales, no sucede lo mismo, pues si hay leyes inmutables, como por ejemplo la de la oferta y la demanda en economía, otras muchas apenas enunciadas tienen que reformarse una y otra vez por no conducir al fin que con ellas se persigue. Por otra parte, con frecuencia son diversas, convencionales y en veces antagónicas las interpretaciones hechas sobre los fenómenos sociales de la evolución propiamente humana, la cual sólo en determinados aspectos se ciñe al curso de la espiral clásica, pues en muchos otros asciende y desciende de manera alternativa conforme lo hace una curva senoide; esto se confirma con hechos indiscutibles, como son las consecuencias fatales que trae consigo el desorbitado incremento de la población mundial, no aparejado al proporcional aumento de las subsistencias; las guerras cada día más salvajes y cruentas; la autointoxicación con estupefacientes, nunca tan extensa y exagerada como en los últimos tiempos; la creciente acumulación de enormes riquezas por cortas minorías, etc.

Es distinto lo que sucede respecto al aprovechamiento de las propiedades que caracterizan a la materia; por ejemplo, para alcanzar éxito en la fabricación de la locomotora eléctrica y aerodinámica, la última palabra en materia ferroviaria, se consultaron primero todas las informaciones que existen sobre medios de comunicación de ese género, a fin de volver a utilizar las experiencias pretéritas útiles, es decir, se consultó la historia de esa industria y se derivaron de ella y aplica-

ron las conclusiones constructivas aprovechables. En seguida, un grupo integral formado por técnicos y científicos especializados en todos los conocimientos relativos a la planeación del nuevo vehículo mecánico, suministró su convergente y armónica colaboración. Entonces surgió, de acuerdo con el propósito perseguido, la locomotora eléctrica y aerodinámica, tan eficaz en todas las funciones a que está destinada, que jamás incurrirá en las deficiencias de que adolecían sus antecesoras, sino que, por el contrario, se verá perfeccionada cada vez más por futuras innovaciones.

¿Qué se observa, en cambio, respecto al hombre y a la sociedad humana, la más complicada de todas las maquinarias?

Puede abordarse esta cuestión considerando, por ejemplo, a los pueblos indoibéricos, y en particular al mexicano, que es de los más representativos y que, desde el punto de vista político-social, comprende grupos de diversos grados evolutivos, comenzando por los más retrasados nómades de etapas inferiores, como es el caso de los lacandones, que viven prácticamente autónomos y se gobiernan a sí mismos de manera anticuada y peculiar, hasta los más civilizados de etapas superiores, cuya existencia está regida por modernas constituciones, leyes y gobiernos federales y estatales. Tanto la vida material como la intelectual o abstracta de los primeros es, en proporción considerable, supervivencia de tiempos precolombinos, y en mucho menor escala de origen posthispánico occidental, siendo el criterio que en general preside a sus actividades de tipo convencional, es decir, que difiere de uno a otro lugar y aun de persona a persona; en consecuencia, poco o nada interviene la acción científica en el desarrollo de estos grupos autóctonos, lo cual explica el retraso y el

empirismo que reinan entre ellos en lo relativo a interpretación de fenómenos naturales, diagnóstico de enfermedades y métodos curativos, técnicas agrícolas e industriales, etc.; no puede decirse otro tanto sobre ciertas características abstractas, como son sus ideas éticas, estéticas, religiosas y otras, pues no hay estrictos cánones científicos para valorizarlas y medir su superioridad o inferioridad. Esto último sucede también con los grupos citados en segundo término, pero, en cambio, muchas otras de sus actividades funcionan dentro de un marco científico y son más útiles y eficaces que las de aquéllos, pues técnicos y profesionistas especializados tienen a su cargo medicina, farmacia, ingeniería, agricultura, industria, minería, etc.

Parece, pues, lógico que los grupos retrasados no hayan alcanzado la etapa de bienestar que persigue la humanidad, pues viven fuera del marco científico arriba aludido; ¿por qué, entonces, los más avanzados, que se encuentran dentro de él, tampoco han podido esalarla? Sucede en realidad que ese marco científico resulta estrecho respecto al factor humano antes referido; su acción ha sido parcial, no total, y esto es así porque no se conocen científica e integralmente todas las necesidades y aspiraciones del pueblo en general, o sea el conjunto de los citados grupos, y menos aún se han formulado y aplicado todos los medios adecuados para satisfacerlas. Las leyes vigentes cuyo objeto final es ése, no se basan, como no sea de manera excepcional, en tal conocimiento preciso y correcto, sino en apreciaciones que en veces son atinadas y en otras erróneas, lo cual no podía ser de otra manera, porque, en términos generales, los legisladores han sido en su mayor parte políticos, y no conocedores de las ciencias y en particular de las sociales. Se argüirá que éstos, para legislar,

acuden a la información de especialistas científicos; pero el hecho es que al considerar determinada materia son auxiliados por uno o por algunos de ellos, mas no por todos los que deben informar sobre ella integralmente, como debiera ser, pues la naturaleza y las actividades de individuos y grupos humanos son interdependientes e interfuncionales.

En resumen, para conocer de modo correcto las necesidades sociales, y formular y aplicar medios propios para satisfacerlas eficaz y permanentemente, hay que emplear metodología análoga, hasta donde es posible, a la apuntada respecto a la locomotora aerodinámica, y acudir a todas las ciencias sociales, comenzando por la historia.

La historia es, o debe ser, el relato de acontecimientos pretéritos relativos a la humanidad y al medio cósmico que la rodea, considerados en sí mismos y en sus mutuas relaciones. Sin embargo, ya dijimos que aún hoy en día los problemas humanos se abordan con frecuencia de manera unilateral y no integral, lo que con más razón sucedió en el pasado, cuando propiamente no existía la metodología de las ciencias sociales, abundando, por lo tanto, en las diversas fuentes informativas relatos de sucesos históricos aislados, cuyo verdadero carácter y trascendencia no se pueden valorizar porque faltan referencias a otros complementarios.

Se dice que en ciertos aspectos la información histórica es de carácter estático, porque las experiencias a que se refiere no afectan al actual desarrollo humano, en tanto que en muchos otros es dinámico y sí lo influyen, ya sea en sentido favorable o bien adverso. El hecho es que los valores estáticos del pasado pueden ejercer su acción en la vida contemporánea, por más que sea difícil su identificación. Por ejemplo, se con-

sidera que la antiquísima arquitectura teotihuacana es de carácter estático, pues no influye en la de estos días, lo cual es cierto en términos generales, pero hay importantes excepciones, como el caño de desagüe de techos adosado al muro, que existe en los edificios llamados *subterráneos* y que también aparece en una que otra habitación actual de los poblados comarcanos; es probable que ese detalle constructivo de la habitación actual fuera inspirado, a principios de este siglo o fines del pasado, por la observación del de origen prehispánico; si se hubiera tratado de una continuada supervivencia de tipo dinámico, abundarían los ejemplos de ella. Otro caso de este género lo constituyen las joyas y otros objetos de obsidiana, cuya producción cesó totalmente después de la Conquista, para resurgir en Teotihuacán hace treinta años, cuando la antigua Dirección de Antropología localizó los yacimientos de esa materia prima y enseñó a tallarla y pulirla en la escuela industrial allí establecida.

Las supervivencias dinámicas, tanto precolombinas como coloniales, no han recibido en general la debida consideración, pues no están satisfactoriamente identificadas, ni se les ha clasificado de acuerdo con la acción útil o perjudicial que ejercen, por lo que no se contrarresta ésta o estimula aquélla, dejando a ambas actuar espontáneamente.

Sería tarea larga la de seguir abordando indefinidamente consideraciones del género de las hasta aquí señaladas; pero sí nos parece justificado exponer en resumen que nuestra historia debiera ser, como antes quedó esbozado, la integración de informaciones verídicas, relativas a todos los aspectos de toda la población mexicana en todas las etapas evolutivas de su pasado; pero hasta hoy sólo es una recopilación incompleta de

informaciones verídicas en veces y en otras dudosas, sobre ciertos aspectos de algunas agrupaciones de esa población, en algunas de sus etapas evolutivas. En consecuencia, sería conveniente que se reconstruyera esa historia hasta los límites de lo posible, procediendo de acuerdo con un criterio científico, desentendiéndose de personalismos tradicionales y exclusivistas que a menudo enfocaron la atención hacia gobernantes, guerreiros, prelados, etc., olvidando o haciendo ligeras y superficiales referencias a las acciones y reacciones de las mayorías sociales, las que a fin de cuentas son las que determinan y orientan el destino de los pueblos.

Habría que comenzar por la localización, clasificación y agrupación de aquellos documentos que permiten saber cómo fueron y cómo han ido transformándose las relaciones entre el medio biogeográfico de las diversas regiones que forman el país y los grupos humanos que las habitaron; si desde hace tiempo hubiera existido tal información, se habrían evitado de manera oportuna, o cuando menos disminuído, las diversas condiciones que hoy originan la erosión, la deforestación, la extinción de especies animales, etc. En seguida, debe hacerse otro tanto con el desarrollo biodemográfico de esos grupos, su evolución económico-cultural, psicológica y lingüística, etc.

En esta labor de reconstrucción, el historiador profesional debe ser auxiliado por especialistas en todas las ciencias, y principalmente en las sociales.

Hasta entonces podrá saberse qué experiencias históricas son aprovechadas con acierto en la actualidad, cuáles deben serlo y cuáles deberán eliminarse por sus efectos perjudiciales.